

El "eros" de la relación educativa en Platón

Por el Dr. D. José ORTEGA ESTEBAN

Entre educador y educando, entre maestro y discípulo existe una relación y comunicación afectiva, erótica diría Platón, que tiene importancia capital en los procesos instructivos y educativos. Desconocerla es ignorar una dimensión radical de la educación.

Por supuesto, las capacidades tienen una gran significación en la adquisición de conocimientos y en la interiorización de valores transmitidos por el educador, pero todos sabemos cómo la empatía relacional positiva o negativa con un maestro nos acercó a nos alejó de un determinado aprendizaje o forma de vida.

La dificultad y complejidad de la investigación y estudio de este aspecto fundamental de la educación, no nos puede inducir a obviarlo. La actitud del avestruz es por otra parte funesta en educación.

La especial relación maestro-discípulo que aparece en los diálogos platónicos, su concepción del «eros» pedagógico, nos puede ayudar a comprender e iluminar nuestra actual realidad educativa en este sentido. Los diálogos platónicos pueden ser, si no tanto un modelo a imitar, un motivo de reflexión para los educadores modernos.

1. EL «EROS» PLATONICO

No queremos entrar aquí en un estudio amplio y profundo del «eros» platónico, ya que desbordaría las pretensiones de este trabajo. Remitimos al lector interesado a trabajos referidos exclusivamente a ello (1).

(1) Existe una importante bibliografía al respecto de la que, además de la que referimos a lo largo del presente trabajo, destacamos: BUCHNER, H.: *Eros und Sein. Erörterungen zu Platons Symposium*, Bonn, Bouvier, 1965; CORNFORD, F. M.: «The Doctrine of Eros in Plato's Symposium», en VLASTOS, G. (Edited by): *Modern Studies in Philosophy. Plato. A Collection of Critical Essays*, vol. II, London, 1972; GOULD, T. F.: *Platonic Love*, London, 1963; HYLAND, D. A.: *Eros and philosophy. A study of Plato's Symposium*,

Pretendemos centrar nuestro interés en ver la relación e implicación del «eros» en la «paideia» platónica.

Desde un principio, diremos que el «eros» platónico viene a ser fundamentalmente un «eros» pedagógico o, si se quiere «una fuerza puesta al servicio de la educación» (2). El «eros» informa y dinamiza toda la obra platónica y ésta es básicamente una obra «paideútica» (3).

No obstante, podemos referir a grandes rasgos lo que a nuestro entender, Platón entiende por «eros», si es que ello es posible.

Vamos a tratar de captar el sentido del «eros» a través de las mismas palabras de Platón:

en general, todo deseo de las cosas buenas y de ser feliz es «eros», pero cada uno se entrega a él de diferente forma (4);

nos dice en el *Banquete*, el diálogo «erótico» por excelencia, junto con el *Lysis* y *Fedro*. Todo impulso del hombre hacia la bondad y felicidad entra en el torrente del «eros». En efecto, el ἔρως es un deseo ἐπιθυμία, pero hay que llevar cuidado, pues también desean los que no aman. Hay, pues, en nosotros dos formas de principios o motivos de acción, la una, que es innata, el deseo de placer, y otra, que es una opinión (ἐπικτητος δόξα) (5).

El «eros» según esto es tanto como aspiración (6), impulso ardiente hacia lo bueno, hacia lo perfecto.

«Eros» es amor a la belleza, pero no por ella misma; más bien es amor a la generación de la belleza (7), en el fondo es un amor de *inmortalidad* (8), de perpetuación de uno mismo en los demás. Busca la inmortalidad como un bien más, un paso más en la búsqueda del bien, que en definitiva es el Bien con mayúscula.

Radicalmente, este amor está presente en todo el cosmos. es el amor

Diss. Pennsylvania State Univ., 1965; LOTZ, J.: *Die Stufen der Liebe. Eros. Philia. Agape*, Frankfurt a. M., Josef Knecht, 1971; PIEPER, J.: *Love and inspiration. A study of Plato's Phaedrus*, London, Faber & Faber, 1965; ROBIN, L.: *La Théorie platonicienne de l'amour*, París, 1907.

(2) RODRIGUEZ ADRADOS, F.: *Ilustración y política en la Grecia clásica*. Madrid, Revista de Occidente, 1966, 501; RABBOW, P.: *Paidologia. Die Grundlegung der abendländischen Erziehungskunst in der Sokratic*. Gotingen, 1960, 107 ss.

(3) LASSO DE LA VEGA, J. S.: «El eros pedagógico de Platón», en *El descubrimiento del amor en Grecia*. Madrid, 1959, 105, nos dice: «Hoy, al término de un largo proceso hermenéutico, se tiende a ver, por lo general, en el sentido pedagógico el nervio de la obra platónica».

(4) *Smp.*, 205 d (586). Citamos conforme a la edición BURNET, J.: *Platonis opera*. Oxonii e Typographeo Clarendoniano, Reimprein 1967. El número final entre paréntesis corresponde a la página de la edición castellana de las *Obras Completas de Platón*, de MIGUEZ, J. A., y otros, Editorial Aguilar, 1969.

(5) *Phdr.*, 237 c-d (586).

(6) NYGREN, Anders: *Eros og Agape*. (Trad. castellana, «Eros y Agape». Barcelona, Sagitario, 1969, por ella citamos), 204.

(7) *Smp.*, 206 e (587).

(8) *Ibid.*, 207 a; 207 d; 208 b (587).

en las cosas y de las cosas, de los cuerpos para sí, el ὁ πᾶς ἔρως que todo lo informa e invade. Existe en todos los cuerpos como una inclinación, tanto en los objetos, en los productos de la tierra, como en los animales, «eros» a todo extiende su poder, tanto en el orden humano como en el divino (9), es un poder cósmico, universal (10).

Este amor, «que viene a ser el vínculo cósmico que todo lo aglutina» (11), tiene múltiples y variadas manifestaciones por donde surge y brota desde el fondo, como un ardiente volcán de diversos cráteres.

Estas variadas manifestaciones las podemos ver referidas y descritas en los discursos del *Banquete*. Platón, utilizando y hasta adaptándose y aprovechando la misma figura histórica de sus compañeros, nos va relatando las ricas y variadas facetas del «eros».

Fedro nos habla de «eros» como el Dios más antiguo de todos los tiempos (12). Este amor tiene más influencia que cualquier otro sentimiento, incluido el afecto familiar (13). Es un amor que se sustentaría en la norma de la emulación y la vergüenza erótica frente al amado (14). Tiene, por tanto, una gran fuerza «paideútica» y moralizadora, amén de ser útil políticamente. El deseo de conservar o alcanzar el amor del amado obligaría al amante a un gran esfuerzo ético y ciudadano. La misma situación se daría cuando el amado ama al amante. Sería, por tanto, ideal que una «polis» y su ejército (15) estuviera compuesto de amantes y amados (ἐραστῶν τε καὶ παιδικῶν) (16). Este «eros» se da también en las mujeres, sobre todo cuando las mujeres desean morir por sus amados. Ahí tenemos el ejemplo de Alcestris, que estuvo dispuesta a morir por su esposo, aunque tenía padre y madre (17). En cierto sentido, es un amor más fuerte que el filial, es un amor que se sacrifica por el amado, además de inspirar acciones nobles (18).

Con el discurso de *Pausanias*, nos abrimos a una nueva perspectiva del amor.

No hay un solo amor, sino dos; cada uno sigue a una Afrodita distinta. Uno es el amor puro y espiritual, amor celeste (Ἔρως Οὐράνιος), ama más a las almas que a los cuerpos (19), es el amor de los mancebos, es ma-

(9) *Ibid.*, 186 a-b (572).

(10) *Ibid.*, 188 d (574).

(11) RIVERA DE VENTOSA, E.: «El amor personal en la metafísica de Platón». *Rev. Helmántica*, XXVI (1975), 496.

(12) *Smp.*, 178 b; 178 c (567).

(13) GRUBE, G. M. A.: *El pensamiento de Platón*. Madrid, Ed. Gredos, 1973, 155.

(14) *Smp.*, 178 c-d (567).

(15) Aquí posiblemente haya una referencia implícita a la efefbia, v. PÉLÉKIDIS, Chrysís: *Histoire de l'ephebie attique des origines a 31 avant Jésus-Christ*. París, Ed. de Boccard, 1962, 19-33.

(16) *Smp.*, 178 e (568).

(17) *Ibid.*, 179 b-c (568).

(18) GRUBE, op. cit., 155.

(19) GRUBE, op. cit., 156.

duro, exento de intemperancia, se dirige hacia lo masculino, siente predilección por lo inteligente (20). Es el amor que nosotros llamaríamos de efebofilia casta o pederastia casta.

El otro amor es el amor de Afrodita Pandemo, el amor vulgar, obra al azar, con él aman los hombres viles, con él se ama por igual a mujeres y a mancebos y se ama en ellos más sus cuerpos que sus almas, se prefiere a los individuos más necios (21). Unicamente se busca la satisfacción bruta del deseo, es el amor de prostitución; contra él hay que imponer una ley que lo prohíba (22).

La aportación del médico *Eriximaco* es más técnica que conceptual, viene a confirmar las apreciaciones de *Pausanias* ampliando el concepto de «eros» a las fuerzas que actúan en la naturaleza (23).

La de *Aristófanes*, muy σπουδογέλιον (24), seria y risible, nos descubre una perspectiva interesante. A través del mito del «androgino», sexo intermedio entre el masculino y femenino, el amor homosexual aparece situado en el mismo plano que el heterosexual, a la vez que nos describe la fenomenología del amor pederástico. En general, todo hombre debe conseguir un amado que por naturaleza coincida con la índole de él mismo (25).

La intervención de *Agatón*, como corresponde a un poeta, viene a ser un himno al amor, es el más joven de los dioses, delicado, flexible, proporcionado, no comete injusticia ni la ejerce, valiente, sabio, crea los seres, impulsa las artes, ama la belleza (26).

Tras la intervención de *Agatón* viene la de *Sócrates*, que dice repetir las palabras de Diotima, su maestra en las cosas del amor (27). El amor es algo intermedio entre lo mortal y lo inmortal (28). Es un genio (Δαίμων) a través del cual logra el diálogo y la comunicación entre la divinidad y los hombres (29). No es ni pobre ni rico (30), ni sabio ni ignorante (31). El amor es más bien el amante que el amado (32). Todo deseo de las cosas buenas es amor (33). En realidad «no es otra cosa que el bien lo que aman los hombres» (34). «En resumidas cuentas, el objeto del amor

(20) *Smp.*, 181 c (569).

(21) *Ibid.*, 181 a-c (569).

(22) *Ibid.*, 181 d-e (570).

(23) GRUBE, op. cit., 156.

(24) ORTEGA, Alfonso: *Humor y seriedad en el humanismo helénico*. Lección inaugural curso 1976-77, Univ. Pontificia de Salamanca, 10.

(25) *Smp.*, 193 c (577).

(26) *Ibid.*, 195 a-197 e.

(27) *Ibid.*, 201 d5.

(28) *Ibid.*, 202 d.

(29) *Ibid.*, 202 d-203 a.

(30) *Ibid.*, 203 e.

(31) *Ibid.*, 204 a-b.

(32) *Ibid.*, 204 c.

(33) *Ibid.*, 205 d.

(34) *Ibid.*, 205 e/206 a.

es la posesión constante de lo bueno» (35). «Eros» busca la procreación en la belleza, tanto según el cuerpo como según el alma (36).

Conciben todos los hombres, ¡oh Sócrates!, no sólo según el cuerpo, sino también según el alma, y una vez que se llega a cierta edad, desea procrear nuestra naturaleza. Pero no parece procrear en lo feo, sino tan sólo en lo bello. La unión de varón y de mujer es procreación y es una cosa divina, pues la preñez y la generación son algo inmortal que hay en el ser viviente que es mortal (37).

El amor es, ante todo, *amor de inmortalidad* (τῆς ἀθανασίας τὸν ἔρωτα) (38).

La naturaleza mortal busca en lo posible existir siempre y ser inmortal. Y solamente puede conseguirlo con la procreación, porque siempre deja un nuevo ser en el lugar del viejo (39).

En la línea del amor de inmortalidad está la *φιλοτιμία* o el amor por hacerse famoso (40), por dejar en el futuro una fama inmortal.

Así, pues, los que son fecundos según el cuerpo se dirigen en especial a las mujeres... En cambio los hay que son según el alma, pues hay hombres que conciben en las almas más aún que en los cuerpos, aquello que corresponde al alma concebir y dar a luz (41).

Estos hombres son los poetas, los inventores, pero sobre todo los hombres políticos.

Cuando un hombre se encuentra preñado de virtudes, llegado a una cierta edad, quiere procrear, busca alguien bello de cuerpo y alma, y, encontrado, intenta educarlo (παιδεύειν), criando en común con él el producto de su procreación, de tal manera que logra una comunidad mucho mayor que la que tienen los padres con los hijos (42).

Diotima continúa enseñando a Sócrates el proceso de una pedagogía amorosa, los grados de una educación erótica adecuada:

He aquí el método de abordar las cuestiones eróticas o de ser conducido por otro: empezar por las cosas bellas de este

(35) *Ibid.*, 206 a.

(36) *Ibid.*, 206 b-c (586).

(37) *Ibid.*, 206 b-c (586).

(38) *Ibid.*, 207 a (587).

(39) *Ibid.*, 207 d (587).

(40) *Ibid.*, 208 c

(41) *Ibid.*, 208 e.

(42) *Ibid.*, 209 b-e.

mundo teniendo como fin esa belleza en cuestión y, valiéndose de ellas como de escalas, ir ascendiendo constantemente, yendo de un solo cuerpo a dos y de dos a todos los cuerpos bellos y de los cuerpos bellos a las bellas normas de conducta, y de las normas de conducta a las bellas ciencias, hasta terminar, partiendo de éstas, en esa ciencia de antes, que no es ciencia de otra cosa sino de la belleza absoluta, y llegar a conocer por último lo que es la belleza en sí (43).

Para la adquisición de ese bien en sí, la contemplación de lo bello en sí, de la verdad, de la sabiduría en sí, difícilmente se puede tomar, se nos dice, un colaborador mejor de la naturaleza humana (44).

El *Banquete* finaliza con el relato de *Alcibiades* y su amante, Sócrates, en el que se ve claro cómo el «eros» pedagógico de Sócrates no tiene que ver con lo físico, con la relación sexual física. Lo que le interesa a Sócrates, ¡Platón!, es la belleza psíquica, la belleza del alma del discípulo (45).

Por otra parte, hay dos cosas distintas, *φιλία* y *ἐπιθυμία*, y otra tercera que se compone de las dos, *ἔρως*, todas juntas se llaman *ἔρως* (46). *Φιλία* es amor entre iguales (47); *ἐπιθυμία*, amor entre contrarios, cruel y no recíproco; es tanto como deseo. *Φιλία* es un amor dulce y recíproco, se ama la virtud de otro, su alma; se refiere también al amor paterno-filial, y por similitud con el amor paterno-filial se describe, es el amor que Platón desea exista en la «polis» entre los hombres de un mismo sexo, en el sentido de que no tiene implicaciones sexuales carnales (48); es también el amor de los esposos (49); *Alceste*, que estuvo dispuesta a morir por su marido, aunque tenía padre y madre, les superó en *φιλία*, debido a su amor (*διὰ τὸν ἔρωτα*) (50); es el amor de la amistad. La mejor amistad, por otro lado, es la que se fundamenta en la misma educación, en una común educación libre (*ἐλευθέρας παιδείας κοινωνίαν*) (51).

El amor que radicalmente era impulso y energía cósmica, que todo lo llena e influye, que provoca el deseo, que busca la belleza, que tiende a la belleza, se hace también comunicación y diálogo entre los hombres que en *συνουσία*, impelidos por «eros», marchan juntos hacia el encuentro con la belleza, con la ciencia y el bien en sí. En efecto, el «eros» «es una fuerza real que impulsa al alma hacia lo alto. Es una fuerza real que impulsa

(43) *Ibid.*, 211 c (589).

(44) *Ibid.*, 212 b (590).

(45) *Ibid.*, 216 ss.

(46) *Lg.* VIII, 836 d-837 a (1421).

(47) *Ibid.*

(48) *Ibid.*, 838 a-b (1422).

(49) *ALc.* I, 126 c (255).

(50) *Smp.*, 179 b-c (568).

(51) *Ep.* VII, 334 b-c (1576).

al alma hacia el mundo de las ideas» (52), pero de aquí a negar al «eros» platónico todo tipo de comunicación relacional y dialogal, es demasiado (53).

Efectivamente, existe una gran diferencia entre «eros» y «agape». «Eros» y «agape» son diversos desde su punto de orientación, «el contraste entre "Eros" y "Agape" no está en lo sensorial o no sensorial, ya que el "Eros" platónico puede también tomar una forma enteramente espiritual y trascendente» (54). «Agape» es un amor de arriba abajo, de lo perfecto por lo imperfecto, «Eros» es ascendente, parte de lo imperfecto hacia lo perfecto.

Ciertamente no se encuentra en Platón la referencia a la comunicación relacional en el matrimonio, no se logra ver la comunicación entre los esposos en el sentido que hoy día se entiende, pero de aquí a negar todo tipo de «amor personal», de reciprocidad y comunión de conciencias, es algo demasiado categórico (55).

Efectivamente, lo «agapético» no es una constante en la obra platónica, aunque existan aspectos cercanos a ella (56). La contraposición que ya es clásica desde NYGREN, entre «Eros» y «Agape», no nos debe conducir a negar todo tipo de relación dialógica y redonante. Que el «Eros» platónico no alcance los valores de la «Agape» cristiana, esa es otra cuestión. Que el «Eros» platónico está orientado desde la perspectiva de un amor difusivo, ascendente, agente (el amor «eros» es el amante, τὸ ἔρῳν, no el amado, ἔρωτα) (57), más que receptivo y redonante, también parece cierto. La admiración por la «Agape» no nos debe conducir al desprecio olímpico del «Eros», aunque éste se muestre en la obra platónica en la comunicación entre sólo los varones. Debemos evitar toda transposición y adentrarnos en la comprensión histórica, cultural, psicológica y antropológica del amor que se refleja en la obra platónica. Del hecho de que rara vez (58) describa en la obra platónica la relación personal

(52) NYGREN, A.: op. cit., 163.

(53) RIVERA DE VENTOSA, op. cit., 496-499.

(54) ORTEGA, Alfonso: «Himno a Agape». *Rev. Helmantica*, XXVI (1975), 461.

(55) Nos referimos fundamentalmente al trabajo de RIVERA DE VENTOSA: pensamos que un análisis antropológico, y psico-pedagógico, le llevaría a conclusiones menos radicales. El análisis metafísico que lleva a cabo, a parte de que dudamos de que pueda hablarse de una metafísica clara en Platón, no parece el más fecundo para el estudio del «Eros».

(56) «... No se debe devolver injusticia por injusticia, ni hacer daño a hombre alguno, ni aún en el caso de que recibamos de ellos un mal, sea el que fuere» [*Cri.*, 49 d (229)]; «De ningún modo parece justo hacer mal a alguien sea el que sea» [*R.* I, 335 e (671)]. En *Grg.*, 469 b/c; 472 e (375) se dice claramente que es preferible sufrir la injusticia que padecerla. Hay mucho de «agape» en la actitud y palabras de Sócrates ante la muerte, ante los que le condenaron, y amigos; y los motivos por los que se prefiere la muerte. V. *Apología*, *Fedón*, *Critón*.

(57) *Smp.*, 204 c (585).

(58) «Que se abstenga todo el mundo de todo surco femenino en que no se quiera brote la semilla sembrada» (*Lg.* VIII, 838 a), aunque no ve esto fácilmente realizable [*Lg.* VIII, 839 a (1422)], ello haría que los varones amaran más a sus mujeres [*Lg.* VIII, 839 e;

entre hombre y mujer, no quiere decir que no exista entre amante y amado, maestro y discípulo. Si muchos de los diálogos «eróticos» que acontecen en la obra platónica se pusiera como interlocutor a una mujer y un varón, nos ayudaría a analizar ese amor desde nuestra perspectiva exclusivamente heterosexual (59).

Toda la obra platónica refleja una radical comunicación, es un canto a la comunicación dialogal. En Platón (60) hay que valorar ante todo las actitudes reflejadas en las palabras; más que ellas mismas, hay que tener en cuenta más la acción que discurre a través de los diálogos que las plataformas metafísicas que hacen de vehículo de la acción.

2. EL «EROS» PEDAGOGICO

Como toda manifestación erótica, el «eros» pedagógico platónico hunde sus raíces en el hondón del «Eros» cósmico y universal que mueve todas las manifestaciones naturales y toda la vida de los hombres. El «eros» pedagógico participa de ese impulso tensional del «eros» hacia lo más perfecto, lo más bello, el bien en sí.

Esta fuerza profunda que mueve al hombre le hace amar la inmortalidad.

El «eros» pedagógico del educador es de la misma naturaleza, está en la misma dinámica, pertenece al mismo impulso que hace que las cosas perceptibles y sensibles busquen semejarse a las «verdades eternas». Pertenece radicalmente al mundo de la *homeiosis* relacional entre el mundo del modelo y el existente. Ese «eros» del educador participa del «eros» radical de las ideas modélicas eternas. Es el «eros» que está impreso en el hombre como un impulso que le lanza a la perfección y a desear plasmar los modelos perfectos en los otros.

Este impulso, aparentemente sólo ético, es en el fondo metafísico o mejor «físico» en el sentido de φύσις. He aquí las raíces profundas del «eros» pedagógico platónico. Y es que desde que existió el hombre, existió la idea del hombre hacia la que los hombres aparienciales, como fulminados por el dardo de «eros», tienden irremediablemente.

Esta es la fuerza telúrica radical, el fuego que no cesa del «eros» pedagógico, que arderá en el corazón de todo hombre noble. El fuego esencial que arde en todo educador y al que difícilmente podrá zafarse.

840 c [1424]]. A pesar de las limitaciones que hace notar NYGREN en op. cit., 173/74, con respecto al caso de Alceste, el sacrificio de Alceste conserva su valor relacional y afectivo, se podría argüir que por qué el padre y la madre de Admeteo no quisieron asegurarse la gloria inmortal y procedieron como Alceste.

(59) GRUBE, op. cit., 145/146.

(60) LODGE, R. C., en *Plato's theory of Education*, London, Kegan Paul, 1947, nos dice refiriéndose a Platón, p. 254: «... so that his ideas are completely out of touch with our modernkind of democratic civilization: are not in accord with the textual facts, and should thus be withdrawn. In fact, we can go further, and can compare Plato's educational ideal with the educational ideal of the most modern authority on democracy and education».

Esta fuerza profunda que mueve al hombre le impele a amar su perpetuación, ama la *inmortalidad*, ama la belleza, lo perfecto; mas no por ello mismo es más bien amor a la generación y perpetuación de la belleza, de lo mejor. Partiendo de este deseo de inmortalidad, los que son fecundos según el alma conciben en las almas la sabiduría y las virtudes, sobre todo la sabiduría política (61). Según ello, todo hombre preferirá tener hijos del alma a hijos del cuerpo. Si nos fijamos en Homero, Hesiodo, Licurgo y Solón veremos que por tener esa clase de hijos son muchos los cultos que les han instituido, todavía no lo han hecho a nadie por tenerlos humanos (62). El «eros» pedagógico ama el alma, no al cuerpo (63). «Sólo yo te amo mientras los demás aman tus cosas» (64), dice Sócrates a Alcibíades. No le interesa otra cosa que el pensamiento y lenguaje de Lisis, no su cuerpo (65).

El «eros» de Sócrates por Alcibíades es un amor alado, «... he abrigado en el nido de tu alma un amor alado» (66).

El «eros» pedagógico viene a ser el amor que tiene el educador por su educando, amor que busca la perfección del discípulo amado, su perfección y formación tanto física como psíquica, pero principalmente la psíquica y la moral. Es un deseo de perpetuación espiritual del que ama en el amado y, en principio, carece de todo tipo de connotación sexual.

«La pasión pedagógica del filósofo perfecto, víctima del irresistible impulso de su eros, que, desbordándole el alma, busca procrear en un alma bella, le convertía en el perfecto amante e imponía como método de su filosofía el método del amor» (67).

Este método del amor pedagógico era progresivo: comenzaba desde jóvenes dirigiéndose a los cuerpos bellos (*ἐπὶ τὰ καλὰ σώματα*) (68); seguidamente, hacerse enamorado de todos los cuerpos (69); después de tener por más valiosa la belleza de las almas que la de los cuerpos (70), hay que llevar al amado a las ciencias para que conozca su belleza (71) y así adquirirá de repente la visión de la belleza en sí (72).

Este es el proceso pedagógico, el «eros» pedagógico en que están inmersos los diálogos platónicos, a la vez que son muestra y reflejo del mismo.

Ese «eros» educador, manifestado en los diálogos, en unas formas

(61) *Smp.*, 208 e-209 a (588).

(62) *Ibid.*, 209 c-d (588).

(63) *Alc.*, 131 d (258).

(64) *Ibid.*, I, 131 e (259).

(65) *Ly.*, 205 b (312).

(66) *Alc.* I, 135 e (262).

(67) LASSO DE LA VEGA: «El eros pedagógico...», *iam cit.*, 126.

(68) *Smp.*, 210 a.

(69) *Ibid.*, 210 b

(70) *Ibid.*

(71) *Ibid.*, 210 e

(72) *Ibid.*, 211 e-b (589).

para nosotros muchas veces incomprensibles, viene a ser esa compleja y profunda tendencia que existe en el hombre maduro de admirar en los jóvenes muchachos aquello que él en gran parte va perdiendo y que añora aquello que completaría su experiencia y el vigor de su espíritu, aquello con lo que sería completo, total, fantástico: el vigor físico, la belleza del cuerpo, la pureza del alma, el optimismo, la lozanía, la alegría, la ilusión y la esperanza.

Este «homo-erotismo», este «eros» pedagógico, que ha existido en todas las épocas, en Grecia, dadas las circunstancias sociales, políticas y culturales, se manifestó de una forma más patente.

Este «eros» singular, a la vez que natural, sólo es posible entre seres de un mismo sexo psicofisiológico, ya varones, ya mujeres. Ejemplos históricos pueden ser Platón y Safo. La razón de ello es que sólo el varón puede ver su ideal en otro ser similar a él, no en una mujer, y una mujer en otra mujer. El amor entre un varón y una mujer es algo diferente.

Cuando el hombre muere quiere que al menos su ciencia y experiencia de la vida, su concepción ética perduren en el amado. El «eros» pedagógico es un amor de perpetuación y de ansias de eternidad. Es un amor de pervivencia.

El amante o educador, con el acicate de este «eros», procura por todos los medios infundir en el amado sus adquisiciones, despertar en el amor por la búsqueda de la verdad y la bondad, lograr su felicidad.

Si, por otra parte, creen en las capacidades de todo hombre de descubrir por sí mismo la verdad, sobre la base de la propia interioridad, reafirmado o no todo esto en la creencia en la transmigración de las almas y su preexistencia, si además reconoce el principio de la igualdad de todos los hombres, este educador procurará el diálogo, la comunicación afectuosa, la *συνουσία*, ese diálogo amistoso entre personas que conviven mientras indagan la verdad en compañía.

Esta actitud vital de diálogo es todo contraria a la relación autoritaria entre educador y educando. El educador es un compañero de búsqueda e investigación para el alumno, y viceversa. En esta comunicación no sólo se descubren los conocimientos, sino que también se asume en comunión una actitud frente a la vida.

Esta viva relación educativa crea las condiciones adecuadas para una comunicación más plena en la que se implica la totalidad del hombre. Es aquí cuando surge el «eros» educativo de una forma más intensa y con aparentes connotaciones para nosotros no muy comprensibles.

La relación singular maestro-discípulo que se descubre en los diálogos es una relación pedagógica con una gran carga erótica. Creemos que este tipo de relación educativa surge siempre que existe entre educador y educando una relación pedagógica dialogal. Esta es precisamente la relación que aparece en los diálogos platónicos.

Cuando la relación pedagógica entre educador y educando es autoritaria, la *erótica* en términos de Spranger (73), la necesaria relación erótica, no encuentra cauces adecuados para manifestarse, produciéndose, por contraposición, una relación tensa y represiva, relación en modo alguno conveniente para la transmisión educativa e instructiva. Se abre entre educador y educando un barranco distanciador que hace muy difícil la comunicación formativa. Es muy frecuente en esta relación pedagógica autoritaria la manifestación de la *erótica* o sexualidad, si se quiere, de una forma brusca, represiva, agresiva o en forma de «tabú».

Hemos de ser conscientes de que toda comunicación, en cuanto comunicación, es en cierto modo una comunicación erótica, una comunicación entre dos seres sexuados con todo lo que esto comporta, sean o no de un mismo sexo fisiológico. Es absurdo intentar suprimir y reprimir la interacción entre educador y educando; hacer esto sería tanto como intentar suprimir la presencia física del educador, del discípulo o de ambos. Sería desconocer la estructura de la personalidad del hombre, fomentar un dualismo irreconciliable en la relación educativa. La sexualidad es una dimensión de la personalidad, y como tal debe estar siempre presente en todo tipo de relación humana y, por supuesto, también en la relación educativa. Por tanto, en educación, debemos tener en cuenta esta particular dimensión, so pena de dejar manca la comprensión del fenómeno educativo. Debemos en todo momento tener presente el aspecto erótico de toda relación educativa e intentar penetrarlo y, si es preciso, ordenarlo. La actitud del avestruz es totalmente funesta en educación.

En todos estos aspectos, la relación erótica-educativa que se descubre en los diálogos platónicos nos puede ayudar, «mutatis mutandis», a comprender e iluminar nuestra problemática educativa en este sentido. Han pasado muchos siglos, mas la situación en este aspecto se nos antoja similar.

El hecho histórico de que las revolucionarias «Escuelas de Hamburgo» (74), anteriores a la segunda guerra mundial, tuvieran a Platón como guía e inspirador de su dinámica educativa, nos puede llevar a reflexionar sobre la actualidad por universal y humana de la relación educativa presente en la obra de Platón.

(73) «La distinción de SPRANGER entre erótica y sexualidad, en el sentido de que, mientras esta última se dirige siempre, **realiter** o en la fantasía, a lo sensible, la erótica apunta en cambio a una forma de amor puramente psíquica o estética, es algo sobre cuyo origen platónico sería ocioso insistir» (LASSO DE LA VEGA: «El eros pedagógico...», op. cit., 129; la erótica para Spranger es «una proyección sentimental en otra alma, y una unión con ella facilitada por la expresión intuitiva de la misma en la apariencia corporal» (SPRANGER: **Psicología de la edad juvenil**. Madrid, R.O., 1935, 99).

(74) SCHMID, J. R.: **El maestro-compañero y la pedagogía libertaria**. Barcelona, Fontanella, 1973. V. especialmente 47, 78, 205, 206.